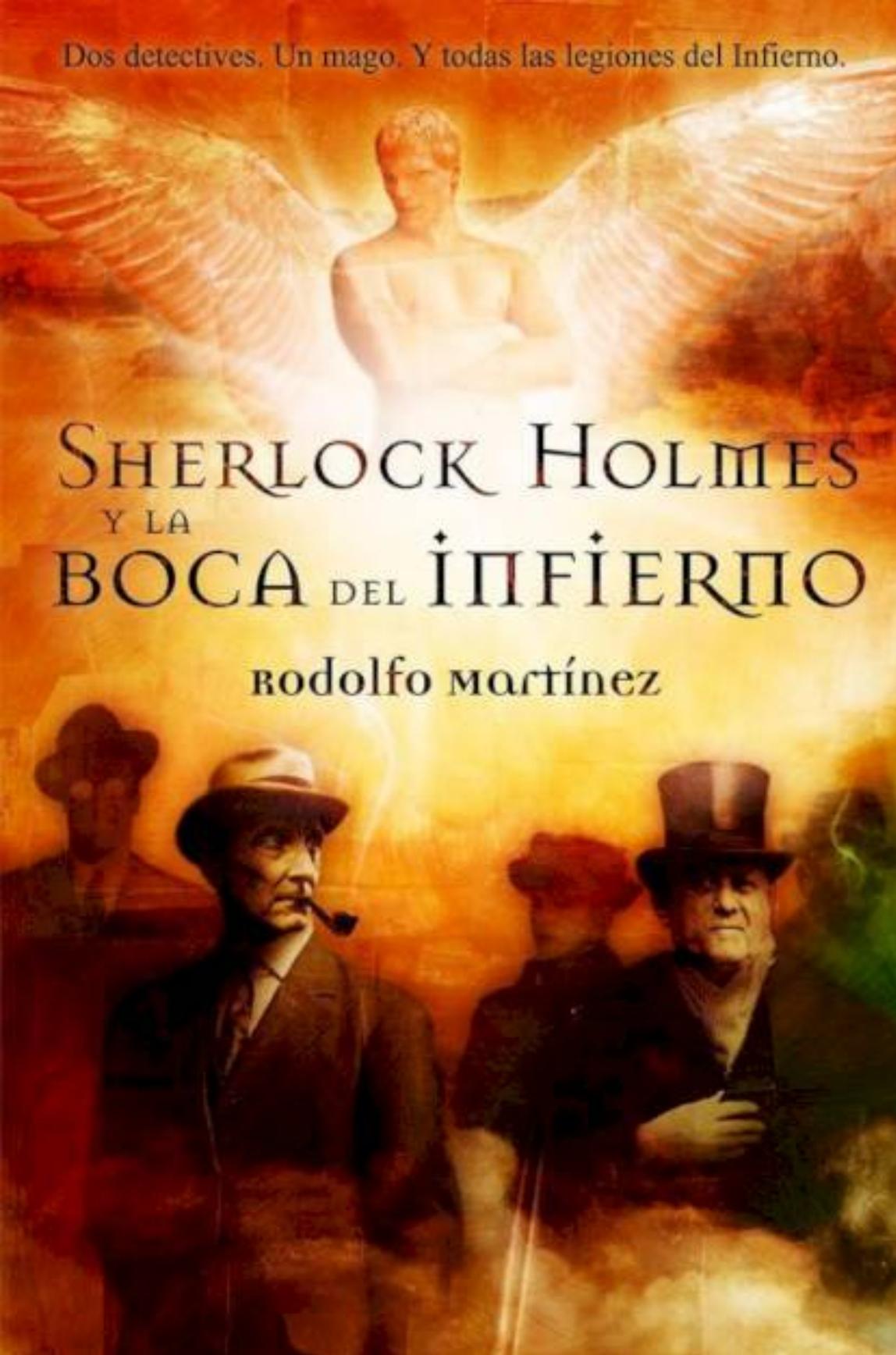


Dos detectives. Un mago. Y todas las legiones del Infierno.



SHERLOCK HOLMES  
Y LA  
BOCA DEL INFIERNO

RODOLFO MARTÍNEZ

Dos detectives. Un mago. Y todas las legiones del Infierno.

Sus caminos se han cruzado en el pasado, y volverán a cruzarse. Por un lado, Sherlock Holmes, el famoso detective, que parece haberse retirado para dedicarse a la cría de abejas. Por otro, Aleister Crowley, brujo y profeta autoproclamado como el hombre más perverso de su época. Una oscura noche tormentosa, en algún lugar de la costa de Portugal, Crowley pondrá en práctica un ritual que amenazará con derribar las barreras entre los mundos, y Holmes estará allí para impedirselo. Pero ¿podrá Holmes soportar el dolor de la pérdida que será el precio de su triunfo? ¿Cómo seguir siendo la implacable máquina de razonar cuando la misma realidad escapa a la razón?

En esta nueva pieza de su obra holmesiana, iniciada con *La sabiduría de los muertos* y *Las huellas del poeta*, Rodolfo Martínez entrelaza las ficciones de Arthur Conan Doyle y H. P. Lovecraft para crear un universo particularísimo donde tienen cabida algunos de los personajes más entrañables de la literatura popular.

Sobre *La sabiduría de los muertos*: «Una historia contada con garra y suspense, recreando el estilo original del doctor Watson con una fidelidad sorprendente. Una lectura imposible de abandonar una vez comenzada». Gabriel Bermúdez Castillo.

Sobre *Las huellas del poeta*: «Rodolfo Martínez lo ha vuelto a hacer. Un Sherlock Holmes cada vez más anciano, cada vez más cercano, investiga en la Guerra Civil española un caso que enlaza a los dioses más antiguos con los dioses de nuestro tiempo». Rafael Marín.

*Para mis lectores portugueses*

*Si hacía caso a las palabras de Holmes, lo que tenía ante mí era una suerte de übermensch con el poder de un dios griego, una especie de cristalización de las absurdas ideas alemanas sobre razas superiores destinadas a gobernar. Claro que, si hacía caso de las palabras de Holmes, vivía en un mundo lleno de esquinas ocultas donde la realidad estaba llena de aristas, recovecos y laberintos. Si hacía caso de las palabras de Holmes, este mundo ni siquiera nos pertenecía, y sus dueños eran unas criaturas imposibles que dormían un sueño parecido a la muerte mientras aguardaban a que los hicieran volver.*

***William Hudson en Sherlock Holmes y las huellas del poeta***

## Naturalmente, un encuentro

A finales del año 2006 fui invitado a Lisboa por los organizadores del Forum Fantástico, aprovechando la publicación de *A sabedoria dos morios*, la edición portuguesa de *Sherlock Holmes y la sabiduría de los muertos*. De ese modo conocí a Luis Corte, mi editor portugués, que durante aquellos días se ofreció a ejercer de improvisado cicerone para los invitados a las jornadas.

Fue en Boca do Inferno, a pocos kilómetros al norte de Lisboa, donde sucedió todo. Luis nos enseñó el lugar y nos contó la historia del suicidio fingido de Aleister Crowley. Lo cierto es que el sitio impresionaba: un acantilado batido por el Atlántico y, en medio de él, aquella extraña boca en la que el mar se precipitaba furioso.

Ya regresábamos al coche cuando lo vi. Con la excusa de que necesitaba comprar tabaco, les pedí a los demás que esperasen y entré en el pequeño restaurante que había junto a la Boca del Infierno.

Al principio creí que me había equivocado, que mis ojos me habían jugado una mala pasada. Luego, de repente, apareció a mi lado como salido de la nada, con su pelo casi blanco y una sonrisa de medio lado en su rostro de niño.

—Señor Martínez —me saludó.

Le devolví el saludo y él me indicó con un gesto que lo acompañara.

—No tengo mucho tiempo —dije—. Me están esperando.

—No se preocupe, no será mucho rato.

Así que nos sentamos y pedimos algo de beber.

—¿Le está gustando Portugal?

—Mucho —admití.

Bebió un trago de vino y lo paladeó largo rato, con los ojos entrecerrados.

—Ah, voy a echar de menos esto.

—¿Se va de viaje?

—Vuelvo a casa. Esta misma noche. Pero antes quería darle algo.

Llevaba con él una cartera de piel, que me tendió. Al cogerla, me di cuenta de que había visto tiempos mejores. En la cerradura había grabadas tres letras: JHW.

—Pertenece a un buen hombre antes de pasar a mis manos —me dijo—. Ahora es suya, con todo lo que contiene.

La abrí y encontré exactamente lo que esperaba: un grueso y apretado fajo de hojas.

—¿Otra historia holmesiana? —pregunté.

—La última. Al menos la última que le voy a dar. Como le he dicho, vuelvo a casa esta noche.

—Comprendo.

—Lo hace, pero no me cree. Sigue pensando que soy un impostor.

Me encogí de hombros.

—¿Y qué importa eso? He hecho lo que usted quería. He publicado las historias que me dio. Que crea o no lo que contaban, no debería preocuparle.

—No me preocupa, aunque confieso que me irrita un poco. Supongo que me he vuelto demasiado humano con el correr de los años. Como le dije a Sherlock Holmes una vez, la carne es adictiva. Más de lo que pensaba en aquel momento.

—Si es tan adictiva, ¿por qué se va?

—¿De vuelta al infierno, quiere decir? —Terminó su vaso de vino y se sirvió otro—. Bueno, tengo mis motivos.

—Que, por supuesto, no me va a decir.

—Lea lo que hay en la cartera. Quizá entonces lo comprenda. Aunque seguramente seguirá sin creerlo.

—Seguramente —repetí.

—Sé que está trabajando ahora en la historia de Nadie. Tal vez cuando haya leído esto decida interrumpirla.

—No sería mala idea. La verdad es que no sé muy bien cómo afrontarla. Las otras historias que usted me pasó eran fáciles, pero ésta...

—Entonces, así matará dos pájaros de un tiro.

—No lo entiendo. Sí, ya lo sé, lo entenderé mejor cuando lo haya leído.

—Puede que sí, puede que no.

—Es usted bastante irritante, ¿sabe?

—Sí, muy inglés, ¿verdad? Pero, irritante o no, le he dado material para unos cuantos libros. Libros, me apresuro a decir, que le han proporcionado algunos beneficios. Y nunca he insistido en que los compartiera conmigo.

—Sí, claro —dije, burlonamente—. Tiene que ser muy duro para usted permanecer en la sombra y no poder llevarse la gloria de todo esto. —Me detuve, como si de pronto hubiera reparado en algo—. Espere un momento, ¿qué gloria?

Pareció a punto de sonreír, pero cambió de idea en el último momento.

—No me culpe a mí o a los lectores de su incompetencia, señor Martínez —dijo—. Le di un buen material: si no ha podido hacer nada mejor con él, es sólo culpa suya.

No respondí.

—Pero no he permitido que me viera sólo para hacer mofa de usted, aunque confieso que resulta gratificante. Pensaba enviarle el maletín y su contenido por mensajero, pero ya que ha sido tan amable de venir hasta aquí, me pareció mejor entregárselo en mano. El azar tiene a veces favoritismos un tanto absurdos, si lo piensa un poco.

—Prefiero no hacerlo.

—Sí, eso he oído.

—Que le den.

—Seguramente. Al fin y al cabo, para mis antiguos súbitos soy el mayor traidor de nuestra historia. Así que sin duda «me darán», o lo intentarán cuando menos.

—Cuánto lo siento.

—No lo dudo.

—En fin, tengo que irme. Iba a decir que ha sido agradable verlo, pero me da pereza mentir esta mañana.

—Ah, señor Martínez, ¿y se pregunta después por qué no es más popular? Se atrapan más moscas con miel que con... ¿cómo era?, lo he olvidado.

—Vinagre, me parece. Aunque en su caso podríamos probar con azufre.

Me puse de pie y cogí la cartera, dispuesto a marcharme.

—Pero no se enfade, hombre, no se tome las cosas tan a pecho.

Lo cierto es que no estaba enfadado. En realidad, me sentía aterrorizado, sin saber muy bien por qué. Mis modales agresivos siempre han sido la forma en que intento ocultar el miedo. Y creo que él lo sabía perfectamente.

—Tengo que irme. Me esperan.

—Lo harán un poco más. Lo que me queda por decirle no es mucho. Y usted todavía tiene algo que preguntarme.

—¿El qué?

—Eso es cosa suya.

Saqué un cigarrillo y lo encendí, procurando que mis manos no temblaran. No podía verme a mí mismo, pero sin duda mi forma de hacerlo resultó arrogante. Otro modo más de enfrentarme al miedo que sentía.

—Bien, dígame lo que tenga que decirme. Ya pensaré en la pregunta que tengo que hacerle.

—Como dije, no es mucho. —Contempló el vino al trasluz y pareció divertido ante lo que veía—. Gracias.

—¿Cómo?

—Gracias.

—¿Por qué?

—Por no haberse aprovechado. Por haber sido fiel a lo que contaba. Por no haber tratado de traicionar lo que estaba relatando.

Meneé la cabeza.

—No lo entiendo —dije—. ¿Por qué yo?

Sonrió.

—Ah, ¿ve cómo no ha sido tan difícil? Sabía que al final daría con la pregunta. Es curioso, otra persona me preguntó eso mismo hace bastante tiempo. Le dije que porque Holmes confiaba en él y que, sorprendentemente, aquello bastaba para mí. Bueno, Holmes no llegó a conocerlo a usted, señor Martínez, pero creo que de haberlo hecho habría confiado en usted. No es un prodigio de inteligencia, tiende a carecer del don de la oportunidad y su sentido de la moral resulta algo resbaladizo pero, pese a todo, creo que habría confiado en usted.

Noté que, a mi pesar, me estaba sonrojando.

—Gracias.

—No hay de qué. Y ahora sí, puede irse.

Ahora que me dejaba marchar descubría que no quería hacerlo, A regañadientes, apagué mi cigarrillo y empecé a irme.

—Adiós —dije.

—Hasta la vista, señor Martínez —respondió él con una sonrisa torcida.

Salí del restaurante y me dirigí hacia el coche, donde me esperaban los demás. Para mi sorpresa, nadie encontró que hubiese tardado demasiado, ni se sorprendieron al verme con la cartera. De hecho, era como si ni siquiera pudieran verla.

Del resto del día, no hay mucho más que resulte relevante para esta historia. Más tarde, en el avión, pude echarle un vistazo a los papeles que me había dado y noté que, junto a ellos, había un sobre de papel amarilleado por el tiempo. Lo abrí y desdoblé la cuartilla que había dentro.

Lo que decía me pareció trivial, absurdo, loco, estúpido, sin sentido, del todo inverosímil y, sin duda, completamente falso. También me llenó de un pánico como no había sentido antes y espero no volver a sentir jamás. Tras leer aquella media docena de párrafos, yo no era un hombre, sino un animal acorralado sin lugar alguno al que huir.

Pasó enseguida, y volví a guardar la hoja de papel en el sobre. Al llegar a casa, lo primero que hice fue quemarla.

Ojalá pudiera quemar mis recuerdos con la misma facilidad.

## Prólogo

### Bajo mi rostro

Desde el espejo, me mira alguien que no soy yo.

Ninguno de los dos.

El doctor Hufier viene todas las mañanas. Insiste una y otra vez en recomponernos, y sus intentos son cada vez más patéticos.

No necesito que me recompongan, no como él cree. Somos uno. Hemos estado divididos durante mucho tiempo, pero ya no.

Sin embargo, hay alguien más.

He intentado decírselo al doctor, pero es inútil. No escucha. Ha formulado su teoría y cualquier cosa que oiga termina encajando en ella de un modo u otro. Como siempre que alguien se cree en posesión de la verdad, el doctor Hufier se limita a ver aquello que quiere y descarta alegremente todo lo demás. Para él, las esquinas inesperadas, los momentos incómodos, las ecuaciones irresolubles no existen. En su universo todo está ordenado, medido y aquilatado y no hay lugar para las preguntas que no tienen respuesta.

Pero alguien me mira desde el espejo. Y no somos nosotros. Ninguno de los dos.

\*

Lo recuerdo todo, y aunque una parte de mí quisiera no hacerlo, la otra sabe bien que eso no es más que una debilidad.

Y no permito debilidades.

No, porque nació una noche en un fumadero de opio de Limehouse, mientras Sherlock Holmes rescataba a un poeta de las garras de la droga. Y de algo más.

Recuerdo el momento de mi nacimiento, un privilegio que una parte de mí preferiría no tener.

Recuerdo cada sonido, cada imagen, cada olor.

Y recuerdo los ojos esmeralda, la trenza inacabable que caía por su espalda, las manos de dedos largos y uñas afiladas. Y el modo en que me miró, como si supiera algo sobre mí que todos los demás ignoraban.

Extendió dos dedos frente a mí.

Y luego me marcó con ellos.

Nací en ese momento, en medio de un dolor insoportable. Nací mientras el mandarín abría dos surcos gemelos en mi rostro y partía mi alma en dos.

El doctor Hufier dice que eso no es cierto. Que siempre he estado dividido, y que el mandarín de ojos de jade que me condenó a mirar en el abismo se limitó a sacar a la luz lo que estaba oculto.

La luz. La luz no tiene nada que ver con todo esto.

Siempre he estado en sombras. Oculto allí donde nadie se atrevía mirar. Ni siquiera yo. Sobre todo, yo.

Nací aquella noche, pero no lo supe.

Éramos como dos gemelos siameses unidos por la espalda. De algún modo, cada uno presentía la presencia del otro, pero no podíamos vernos.

Sin embargo, yo sabía que yo estaba allí, aunque yo lo ignorase.

El lenguaje se ha convertido en una herramienta inútil.

Durante muchos años, viví dentro de mí, inmóvil, temeroso de hacer el menor movimiento, no fuera a ser que mi presencia fuese notada por mí. Viví en las sombras de mí

mismo, alimentándome de oscuridad y regurgitando penumbra.

Yo sabía que había alguien más, pero yo ignoraba que había otro.

Silencioso, cuidadoso, empecé a robar pequeños momentos. Me atreví a asomarme a mis ojos y mirar el mundo desde ellos. Osé mover una mano que me pertenecía con mi propia voluntad y no la mía.

No pasó nada. No fui notado. No resulté descubierto.

Fui volviéndome más atrevido con el tiempo.

Tenía tanto miedo al principio.

Y, mientras tanto, yo seguía adelante, iba tras los pasos de otro hombre, tratando de convertirme en él, en su copia, en su hijo, sin saber que yo ya era yo y que mi padre era el mandarín cruel que me había marcado el rostro y me había separado el alma.

Hoy el doctor Hufier me ha pedido que trate de recordar mi recuerdo más antiguo.

—¿De cuál de nosotros? —le he preguntado.

Al fin y al cabo, para mí, es muy fácil: mi primer recuerdo es el de un fumadero de opio en la oscuridad.

Pero para mí no es tan sencillo. Antes de que yo naciese, yo ya existía.

Mi primer recuerdo...

Creo que fue el hambre, tal vez el frío, quizá los dos.

—Hambre y frío —dice el doctor Hufier, asintiendo sabiamente, como si de verdad entendiera algo—. Muy primario, muy básico.

Parece tan satisfecho de sí mismo. Y sería tan fácil borrar la satisfacción de su rostro. Inmovilizarlo con una presa en el nervio adecuado. Dejarlo desangrarse lentamente, inmóvil pero consciente, mientras convierto la mitad de su cuerpo en un amasijo doliente de carne reventada.

Pero no, ya no hacemos esas cosas. No las necesitamos. Ya no necesito atraer mi atención.

Estamos enteros, me digo. Soy uno solo. Completo al fin.

Pero hay alguien que nos mira desde el espejo, me respondo. Y no somos nosotros.

Hay alguien más y no soy yo.

Pero no le digo nada al doctor Hufier. Finjo alegría ante su satisfacción y lo dejo perorar a gusto sobre los enormes progresos que estamos haciendo.

Progresos. Pero ¿hacia dónde progresamos? ¿Y por qué habla en plural, como si él fuera parte de mí y progresara conmigo? ¿Por qué siempre se incluye en lo que dice?

«¿Cómo estamos hoy, Frederick?»

«Parece que nos sentimos hoscos esta tarde».

«Ah, nuestro humor está mejorando esta mañana».

«Quizá hoy podamos llegar a algún sitio interesante».  
¿Por qué insiste en incluirse? No es yo. No es parte de mí. Todas las partes de mí están juntas ahora y él no es una de ellas.

Ni tampoco lo es la criatura que me devuelve la mirada desde el espejo.

\*

Esta noche he soñado con una ciudad imposible.

Inmensos sillares de piedra se alzaban en medio de la noche, pero la jungla avanzaba entre ellos, devorándolos lentamente.

Terrazas inacabables remataban edificios que casi tocaban el cielo.

Al fondo, una tormenta púrpura caía sobre selvas grises por las que corrían animales que no existen.

Sobre una de las terrazas, una criatura meditaba en silencio sobre su destino. Su cuerpo no tocaba el suelo, flotaba a unos centímetros de él.

Su cuerpo.

Un cono rugoso y enorme. Carnoso y latiente.

Sólo que era también mi cuerpo.

Yo era esa criatura melancólica que contemplaba la lejana tormenta sobre la selva gris.

Yo era un cono rugoso.

Un bibliotecario atado a una biblioteca interminable.

Luego, me volvía hacia la ciudad y contemplaba la losa gigantesca que tapaba el lugar al que nunca vamos, el lugar al que tememos más que nada.

Algún día la losa se quebraría. Y ellos saldrían.

Y una parte de mí se preguntaba si aquello sería tan malo.

Al despertar, encontré extraño mi cuerpo, como si no supiera qué hacer con mis extremidades.

Caminar se convirtió en una tortura.

Logré acercarme al espejo y, por unos instantes, no sentí otra cosa que repulsión ante aquella cosa que me miraba desde allí. Aquella especie de pelaje que lo remataba, los dos ojos a cada lado de la cabeza, aquella cavidad carnosa que debía de ser una boca.

Era mi rostro. El que siempre he tenido.

Pero, por un momento, no logré reconocerlo.

Yo era un cono rugoso sobre una ciudad como no ha habido otra, me dije a mí mismo.

El momento pasó enseguida y volví a reconocer mi cara.

Pero al mirarme al espejo, vi que él estaba allí, detrás de todo, acechando.

\*

Paseo por los jardines, cuidadosamente vigilado, embutido en la camisa de fuerza, incapaz de rascarme allí donde me pica.

¿Dónde me pica?

Es una buena pregunta para la que no tengo respuesta.